A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***5. El temor a no proteger a mis hijos***

A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***5. El temor a no proteger a mis hijos***

*No tengas miedo; cree nada más, y ella será sanada.* Lucas 8:50 (NVI)

**Introducción**

La etapa de la paternidad llega a nuestras vidas llena de temores. Tememos fracasarle al hijo, olvidarnos de él. ¿Tendremos suficiente dinero? ¿Suficientes respuestas? ¿Suficientes pañales? ¿Suficiente lugar en los cajones? Las vacunas. La educación. Las tareas escolares. Las fiestas de secundaria. Todas estas preocupaciones, y otras similares, son suficientes para mantener despiertos a un padre y/o a una madre de noche.

**Una preocupación constante**

Ningún padre, y ninguna madre, se puede quedar sin hacer nada cuando su hijo o su hija sufre. Jairo no pudo:

*“Cuando volvió Jesús, le recibió la multitud con gozo; porque todos le esperaban. Entonces vino un varón llamado Jairo, que era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa; porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo.”* (Lucas 8:40-42).

Jairo era un líder en la comunidad de Capernaum, «uno de los principales de la sinagoga» (Marcos 5:22). Alcalde, obispo, abogado del gobierno, todo en uno. La clase de hombre que una ciudad enviaría a darle la bienvenida a una persona famosa. Pero cuando Jairo se acercó a Jesús en la costa del mar de Galilea, no estaba representando a su pueblo; estaba rogando por la vida de su hija:

*“[Jairo] luego que le vio, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven, y pon las manos sobre ella para que sea salva y vivirá”* (Marcos 5:22-23).

Jairo no es l único que en las páginas de los Evangelios corrió para rogar por un hijo. Una madre salió corriendo de las colinas cananeas clamando: «¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio» (Mateo 15:22). El hijo de un padre atormentado por un espíritu buscó ayuda de parte de los discípulos y luego de Jesús. Con lágrimas clamó: «Creo, ayuda a mi incredulidad» (Marcos 9:24).

**El Señor presta atención a la preocupación de los padres**

Debemos recordar que, después de todo, nuestros hijos primero son *Sus* hijos. «He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre» (Salmos 127:3). Antes que fueran nuestros, eran de Él. Y aun cuando son nuestros, todavía le pertenecen.

Tendemos a olvidarnos de este hecho y consideramos a nuestros hijos como «nuestros», como si tuviéramos la última palabra en cuanto a su salud y su bienestar. No la tenemos. Toda la gente pertenece a Dios, incluyendo los pequeñitos que se sientan a nuestra mesa. Sabios son los padres que en forma regular le dan los hijos de nuevo a Dios.

Jairo suplicó a Jesús que fuera a su casa (Lucas 8:41). Este padre no estaba contento con ayuda a larga distancia; él quería que Cristo estuviera bajo su techo, que caminara por sus cuartos y que se parara al lado de la cama de su hija. Quería que la presencia del Señor llenará su casa. Nosotros también debemos seguir el ejemplo de Jairo, y el consejo de la Palabra de Dios:

*“Deja correr el llanto de tu corazón como ofrenda derramada ante el Señor. Eleva tus manos a Dios en oración por la vida de tus hijos”* (Lamentaciones 2:19, NVI).

Padres, esto es lo que podemos hacer. Podemos ser intercesores leales y tenaces. Podemos llevarle a Cristo los temores que tenemos como padres. En efecto, si no lo hacemos, vamos a descargar nuestros temores en nuestros hijos. El temor convierte a algunos padres en guardias de prisión paranoicos que vigilan cada minuto. Reprimen el crecimiento y comunican la falta de confianza. Una familia que no provee un lugar para respirar puede sofocar a los hijos.

Por otro lado, el temor también puede provocar padres permisivos. Por temor de que su hijo se vaya a sentir demasiado confinado o limitado, bajan los límites. Dan mucha importancia a los abrazos y poca a los límites. No se dan cuenta de que la disciplina apropiada es una expresión de amor. Son padres permisivos. Padres paranoicos. ¿Cómo podemos evitar los extremos? Orando.

**Padres que oran por sus hijos**

La oración es el recipiente en el cual se vierten los temores de los padres para que se enfríen. Jesús dice muy poco en cuanto a la crianza de los hijos, no hace ningún comentario sobre dar nalgadas, o darle pecho a un niño, o la peleas entre hermanos, o la educación escolar. Pero sus acciones hablan muy alto en cuanto ala oración. Cada vez que un padre o madre ora, Cristo le responde. ¿Cuál es su mensaje principal para los padres y las madres? Traigan a sus hijos a mí. Críenlos bajo la constante cobertura de sus oraciones.

Padres, no podemos proteger a nuestros hijos de todas las amenazas de la vida, pero podemos llevarlos a la Fuente de la vida. Podemos entregar con confianza a nuestros a Cristo. Sin embargo, aun entonces podemos enfrentar decisiones difíciles.

Mientras Jairo y Jesús iban a la casa del primero, «vino uno de la casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro. Oyéndolo Jesús, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva» (Lucas 8:49-50).

Jairo debe haberse sentido confundido con los dos mensajes. El primero, de su sirviente: «Tu hija ha muerto». El segundo, de Jesús: «No temas». El miedo llamando, por un lado. La esperanza por el otro. Jairo tenía que decidir cuál de las dos voces escucharía. ¿No es lo que hacemos todos?

La dura realidad de criar a los hijos se puede definir así: tú puedes hacer lo mejor posible y todavía estar en la posición que estuvo Jairo. Puedes proteger, orar y mantener los peligros bajo control, y todavía encontrarte en una sala de emergencia a medianoche o en una clínica de rehabilitación para drogadictos el día de visita en domingo, escogiendo entre dos voces: la desesperación o tener fe. Jairo podía a ver escogido la desesperación. ¿Quién lo habría culpado? Su hija estaba muerta. Jairo podría haberse dado por vencido. Como padres, nos alegra mucho que no lo hizo. Necesitamos saber lo que Jesús hará cuando le confiamos nuestros hijos.

* Unió a la familia: *“Entrando a la casa, no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a Juan, y al padre y a la madre de la niña”* (Lucas 8:51)
* E hizo desaparecer la falta de fe: *“Y lloraban todos, y hacían lamentación por ella. Pero él les dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta”* (Lucas 8:52-54).

El mandó que la duda saliera, y permitió que quedaran solo la fe y la esperanza. Y en este pequeño círculo íntimo de confianza, Jesús «tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer. Y sus padres estaban atónitos» (Lucas 8:54-56).

Dios escucha las oraciones que los padres hacen por sus hijos. Continúa entregándole tu hijo a Dios y, en el tiempo y la forma indicados, te lo va a devolver.